

El arbolito perturbado de Kay Randall

El arbolito estaba asustado. Bueno, tal vez no exactamente asustado, pero sí terriblemente perturbado.

Por supuesto, hubo otras ocasiones. Hubo una vez en que dormía plácidamente. Bueno, no del todo dormido, sino cabeceando en la agradable, cálida y oscura tierra. Era maravilloso simplemente estar allí tumbado en la tierra amiga, estirándose de vez en cuando para aliviar la tensión. Pero un día, un estiramiento demasiado ambicioso le sacó la cabeza de la tierra, y un bostezo placentero se convirtió en un chillido de sobresalto. La situación era realmente muy difícil; por mucho que lo intentara, no podía volver a meter la cabeza bajo la tierra amiga.

La tierra también había sido bastante insensible. Siempre había sido muy amigable, aconsejando al pequeño árbol que extendiera sus raíces para facilitar la recolección de alimento. Y esa misma tierra había sido tan útil para almacenar alimento y humedad justo en el lugar adecuado, como si preparara una mesa de banquete justo delante de uno, aunque, por supuesto, el pequeño árbol no sabía nada de mesas. Pero ahora la tierra solo se reía de su terrible situación.

¿Qué debo hacer? —gimió el arbolito—. Es tan extraño tener la cabeza descubierta.

«Qué extraño, en efecto», se había burlado la tierra insensible. «¡Dios mío! ¿Tengo que mantenerte por completo toda la vida? Deja de quejarte y absorbe toda la luz del sol que puedas».

"¿Qué es la luz del sol?", había preguntado el arbolito.

—Tonto —replicó la tierra—, solo tienes que mirar por encima de tu cabeza y verás el Sol. No hay duda.

Por supuesto, el arbolito no lo sabía, pero como todo esto sucedió muy temprano por la mañana, el Sol apenas comenzaba su recorrido por el cielo. Así que cuando el arbolito alzó la vista, allí estaba, efectivamente, el Sol. Sonrió de la manera más amigable, y el arbolito le devolvió la sonrisa, sintiéndose de maravilla. Pensándolo bien, esta situación era excelente.

«¿Por qué no me hablaste antes de este lugar tan encantador?», reprochó a la tierra, bajando la mirada hacia ella. «Lo sabías desde el principio», la acusó.

La tierra no respondió, salvo con una carcajada. El arbolito suspiró satisfecho. Volvió a dirigir su rostro hacia el Sol. Contempló tanto tiempo a este objeto amigable que casi se cegó. Finalmente, volvió a fijar la mirada en la tierra y parpadeó una y otra vez hasta que recuperó la vista. Entonces comenzó a mirar a su alrededor. Estaba rodeado por un verdadero bosque de arbolitos como él, solo que el arbolito no lo llamaba bosque ni nada parecido, porque no sabía cómo llamarlo. Y algunos de sus compañeros eran mucho más grandes que él.

"Hola", dijo en ese momento, dirigiéndose al que tenía más cerca, que era mucho más alto que él.

—¿Te dirigías a mí? —preguntó fríamente el árbol alto con gran dignidad; solo que el arbolito desconocía la dignidad, así que simplemente se lo preguntó. Pero le resultó extraño.

—Sí, señor —respondió el arbolito, recuperándose rápidamente—. ¿Qué lugar es este?

—Esto —había explicado el árbol más alto— es un vivero.

"¿Qué es un vivero?", se había preguntado el arbolito.

"Es un lugar", había respondido el árbol más alto, "donde se cuida a los árboles jóvenes como tú hasta que llega el momento de partir".

"¿Ir?" El arbolito estaba cada vez más desconcertado. "¿Qué es ir?"

"Pues es... eh... vete . El árbol más alto evidentemente tenía dificultades; tal vez realmente no sabía la respuesta." «¿No sabes lo que es ir ?», había insistido el arbolito. Pero antes de que el árbol más alto pudiera responder, los demás se echaron a reír a carcajadas, meciéndose con alegría, al igual que el árbol más alto parecía mecerse con disgusto; claro que su balanceo podría deberse a una brisa traviesa que, bailando, los empujaba juguetonamente de un lado a otro.

Los demás árboles no habían dado su opinión, e incluso la tierra no fue de ayuda, pues aconsejó: "No hagas tantas preguntas. Solo espera, y con el tiempo lo descubrirás".

«¿Qué es el tiempo?», se había preguntado el arbolito. Pero la tierra no le respondió. Después de eso, el arbolito pasó el día feliz, mirando alternativamente al Sol y a los demás árboles.

Pero más tarde volvió a sentirse perturbado, incluso más que cuando había asomado la cabeza fuera de la tierra. Había notado que el Sol estaba jugando a algún tipo de juego. Parecía estar corriendo o persiguiendo algo o a alguien por todo el cielo, pero el pequeño árbol no había podido descubrir quién o qué era. Y entonces, de repente, el Sol desapareció de la vista. Esto sorprendió tanto al pequeño árbol que volvió a chillar, aunque esta vez con un chillido más digno.

¿Qué ha pasado? —preguntó tímidamente el arbolito sin dirigirse a nadie en particular.

"Es de noche, tonto", habían coreado los árboles de los alrededores.

"¿Qué es la noche?", se había preguntado el arbolito.

"Es hora de que te vayas a dormir", dijo el árbol más alto, que había respondido a sus preguntas más temprano ese día.

Entonces, sintiéndose un poco avergonzado de sí mismo, añadió: "El sol acaba de irse a dormir, así que estará fresco por la mañana, y será mejor que tú hagas lo mismo".

El arbolito había querido saber qué era la mañana, pero decidió que era mejor no preguntar. Aún estaba inquieto, pero enseguida se quedó dormido y no soñó ni una sola vez en toda la noche.

A la mañana siguiente se llevó una gran sorpresa. Claro que el sol estaba allí, y todos los demás árboles y la tierra. Pero lo sorprendente era que, aunque no recordaba haberse estirado —y siempre antes había sabido cuándo lo hacía—, debió de haberse estirado porque su cabeza estaba mucho más alta —más cerca del sol, ¿sabes?— que cuando se había acostado. Cosas tan sorprendentes sucedían, y todo a la vez.

Pero el arbolito era feliz —a pesar de todos sus sustos— y, con el paso de los días, notó con satisfacción que, incluso durante el día, su copa crecía cada vez más, acercándose cada vez más al Sol. Había seguido el consejo de la tierra y ya casi no hacía preguntas. Su entorno ya no le molestaba; estaba tan acostumbrado a él. Sabía, sin que nadie se lo dijera, que su cuerpo se llamaba tronco, ¡y qué orgulloso se sintió el día en que le salió una hojita justo en su propio tronco! Allí se quedó, además, formando una decoración muy bonita, pensó el arbolito. Sin embargo, no lo mencionó, ya que había notado que algunos de sus compañeros estaban adornados con dos e incluso tres hojas. Pero no los envidiaba. En absoluto. Había, le parecía, un punto en el que demasiado adorno podría no ser de buen gusto. De todos modos, decidió esperar a ver qué pasaba. Y así pasó el tiempo, meses, por supuesto, solo que el arbolito no lo sabía porque no sabía leer un calendario.

Y algo que se movía se había unido a su grupo y le había atado algo al tronco. Al principio le resultó incómodo, pero pronto se acostumbró. Como adorno podría haber tenido valor, salvo que todos sus compañeros llevaban lo mismo atado a sus troncos, así que no le había dado ninguna ventaja. Estas cosas que se movían entre su grupo eran bastante raras. No parecían árboles, o al menos no mucho. Y emitían sonidos extraños al hablar. El pequeño árbol se había preguntado cómo sería moverse como ellos, aunque quizás nunca podría moverse exactamente como ellos porque tenían dos troncos. Había intentado soltar sus raíces para probar el experimento, pero tuvo que desistir porque la tierra se aferraba a ellas con tanta tenacidad que no podía moverlas. Y la única respuesta que recibió cuando le preguntó a la tierra fue la advertencia: «No seas tonto». Se preguntó, con cierta melancolía, qué significaba «tonto», pero decidió no preguntar.

Tras disfrutar de una vida tranquila durante otros meses, durante los cuales su cabeza se acercaba cada vez más al Sol, volvió a... No, esta vez estaba realmente asustado. Algunas de esas cosas que frecuentemente se movían entre su grupo se acercaron y miraron lo que estaba atado a su tronco. Y una de ellas dijo: "Aquí tienes justo lo que buscas, un robusto Melocotón Resplandor Dorado". Esto sonó tan gracioso que el pequeño árbol casi se convulsionó. Una de esas cosas que se movían lo había llamado Melocotón Resplandor Dorado cuando él, y todos sus compañeros, sabían con la misma certeza que era un árbol. Pero su risa se ahogó cuando algo duro se hundió en la tierra con mucha brusquedad, e incluso le cortó una parte de una de sus raíces. Y entonces, de repente, sus raíces salieron de la tierra y se movió entre las filas de sus compañeros sin siquiera tocarla. Intentó gritar, pero el grito se le atascó en la savia, de modo que apenas pudo respirar. Había oído débilmente la voz burlona del árbol más alto, que había respondido a tantas de sus preguntas, diciendo: "Ahora sabrás lo que es ir".

Si aquello era el principio, el arbolito decidió que no le gustaba nada. De hecho, cuando se recuperó un poco del susto, lo detestó profundamente. El hecho de haber preguntado por el principio no significaba que realmente quisiera saberlo. No había podido comprender por

qué tenían que mostrárselo solo por ser curioso. La vida, sin duda, se estaba volviendo compleja.

La experiencia no fue tan mala, como descubrió más tarde, pues sus raíces habían sido trasplantadas a una tierra fértil que las envolvió de inmediato de la manera más reconfortante. Así, el pequeño árbol recuperó su curiosidad habitual y observó con entusiasmo su nuevo hogar. El sol seguía recorriendo el cielo, lo cual era reconfortante; y la tierra era tan acogedora como la anterior. Entonces, observó con más detenimiento su entorno. Descubrió que sus compañeros árboles estaban mucho más alejados entre sí que en el vivero, y al parecer, él era el único arbolito en aquel extraño lugar. Un árbol grande, de aspecto paternal, estaba bastante cerca, y el pequeño árbol le atrajo en busca de información.

"¿Esto es una guardería?", había querido saber.

El árbol abuelo soltó una risita amistosa y luego dijo: "No, esto es un huerto".

"¿Qué es un huerto?", había preguntado el arbolito.

"Un lugar donde viven árboles", había sido la respuesta.

"Pero yo creía que aquel lugar era un vivero; al menos eso es lo que me decían los otros arbolitos."

—Bueno —había explicado el árbol abuelo—, hay lugares y lugares. Los árboles viven tanto en el vivero cuando son jóvenes como en el huerto cuando son mayores.

"Oh", el pequeño árbol había sacudido con entusiasmo las seis ramas que le habían crecido durante su estancia en el vivero, "un vivero es un vivero, pero un huerto es un jardín".

"¿Un momento para irse?" El árbol abuelo había estado muy desconcertado hasta que el arbolito le explicó que el árbol más alto del vivero había dicho que habría un momento para irse

Ya veo." El árbol abuelo se había reído entre dientes. "No, un huerto no es un go . Un vivero es un vivero, y un huerto es un huerto, pero lo que pasó entre los dos es go ."

Esto no había ayudado mucho al arbolito, pero decidió no hacer más preguntas al respecto.

«Eres un árbol bastante grande», había aprobado el árbol abuelo, lo que le dio al arbolito una sensación de importancia muy agradable, parecida a la que había sentido al estirarse. «El año que viene», continuó el árbol abuelo, «tendrás frutos».

"¿Qué es la fruta?", había preguntado el arbolito.

"Ya verás", había respondido el árbol abuelo, y luego, tal como había dicho la tierra una vez, añadió: "Solo espera y con el tiempo lo sabrás".

Qué respuestas tan extrañas, se había lamentado el arbolito. ¿Por qué no respondían a sus preguntas? Le parecía que habría sido igual de fácil contestarlas que decirle que esperara. Pero pronto lo olvidó, absorto en sí mismo y en su entorno. Ahora tenía muchas hojas, pero en lugar de estar en su tronco, estaban en sus ramas. Le daban un toque especial, pensó.

Y así, pasaron muchos meses más. Le salieron más ramas, y las más viejas siguieron creciendo cada vez más, y aparecieron más hojas. El pequeño árbol estaba realmente emocionado hasta la médula. Y entonces, un día, algo empezó a suceder. No se asustó, ni siquiera se inquietó, pero sí se preguntó por qué su savia había empezado a fluir hacia abajo, hacia las raíces, en lugar de hacia arriba, a través del tronco y las ramas.

"No pienses en ello", le había aconsejado el árbol abuelo. "Te estás preparando para el sueño invernal".

«Pero yo duermo todas las noches», había protestado el arbolito. «Y si tengo que dormir durante este invierno, ¿qué es? ¿Acaso el invierno viene entre el día y la noche o entre la noche y el día?»

—Ninguno de los dos —respondió el árbol abuelo—. Ya lo viste antes en el vivero, pero eras demasiado pequeño para recordarlo. Solo espera, y con el tiempo lo descubrirás.

Pero el arbolito estaba tan somnoliento que no le molestó la respuesta que tantas veces había oído. Y siguió sintiéndose cada vez más somnoliento, hasta que no se percató de que sus hojas se habían caído. Pronto lo olvidó todo y cayó en un sueño profundo.

Más tarde, despertó: el árbol abuelo le dijo que era primavera. Claro que el arbolito —ahora era más grande, incluso después de haber dormido— había querido saber qué significaba la primavera, pero estaba demasiado ocupado para preguntar. Había descubierto que su savia corría con fuerza por su tronco y ramas; el sol brillaba alegremente; y sus hojas brotaban con fuerza. La vida, le pareció, valía mucho la pena. Decidió que este sentimiento debía tener alguna relación con la primavera, aunque supuso que era inútil preguntarse cómo había llegado a ese punto, ya que él y todos sus amigos árboles habían estado dormidos, así que no había nadie que pudiera responder a sus preguntas sobre esos temas.

Y entonces, un día, se llevó una gran sorpresa al ver que unas pequeñas cosas blancas y rosas habían aparecido de repente por todas sus ramas. Nada que asustara, por supuesto, y la verdad es que eran bastante decorativas, incluso más que las hojas. Se sintió bastante orgulloso de esta nueva incorporación a su colección. Se dio cuenta de que el árbol abuelo también tenía las mismas cosas en sus ramas, solo que muchas más, claro, así que le pidió una explicación.

"Son flores", había explicado el árbol abuelo. "Primero las flores, luego el fruto".

El arbolito había decidido no preguntar sobre la fruta; ya lo había hecho una vez sin éxito. De todos modos, estaba muy ocupado con los acontecimientos. Ahora siempre había pájaros y abejas a su alrededor. Había aprendido sus nombres del árbol abuelo. Le hacían mucha compañía y se divertían mucho. Los pájaros se posaban en sus ramas y emitían sonidos agradables; eran realmente encantadores. Claro que su lenguaje era mucho más

áspero que el suave susurro de los árboles. Y las abejas parecían disfrutar mucho de las flores, pues estaban a su alrededor y dentro de ellas durante todo el día.

Entonces llegó un día de angustia: sus flores se estaban cayendo. Le había pedido consejo al árbol abuelo. "¡Mis flores se están cayendo!", exclamó emocionado. "¿Acaso voy a desmoronarme?"

"En absoluto", había asegurado el árbol abuelo.

"Te estás preparando para dar fruto. Eres un melocotonero, así que tu fruto serán melocotones."

—¡Oh! —El arbolito asintió con desgana. Le parecía una lástima perder sus flores, siendo tan hermosas. Estaba seguro de que se sentiría desnudo, o como se sintiera uno con menos adornos.

Pero sobrevivió a la tragedia y se había obsesionado con observar el crecimiento de sus primeros frutos. Al principio, se sintió bastante decepcionado. Aquellas pequeñas cosas verdes y nudosas no eran tan bonitas como sus flores, y de todos modos, esperaba algo muy diferente. No podía imaginarse exactamente lo que había esperado. Pero entonces llegó el día de la verdadera tragedia: el día en que conocimos al pequeño árbol. Había notado que esas mismas cosas que se movían sobre la tierra en el vivero también se movían de la misma manera en este huerto. Al principio había desconfiado mucho de ellas, pues temía que estuviera destinado a otra aventura. Pero cuando no pasó nada, poco a poco perdió sus sospechas, e incluso las había recibido con agrado, sobre todo cuando admiraban su follaje y sus flores. Pero últimamente habían estado admirando su fruto, incluso lo habían tocado. A él no le había importado mucho. Pobrecitos. No tenían frutos dorados tan grandes como los suyos.

¡Pero qué horror! ¡Esos bichos que se movían por el huerto le arrancaron sus preciosas frutas, las seis! ¡Qué canallas! ¿Cómo iba a sobrevivir a semejante golpe? ¡Sus preciosas frutas, sus únicas frutas!

Con tristeza le contó al árbol abuelo el terrible suceso; le habló de todo el cuidado que había tenido con sus frutos; del orgullo que sentía por ellos, todo perdido; de lo único que estaba seguro era de que no estaba satisfecho. Pero poco a poco, día tras día, fue cambiando de opinión. Era innegable que cada día tenían mejor aspecto, los seis. Se había entusiasmado mucho e incluso había alardeado un poco de su destreza ante el árbol abuelo. El árbol abuelo se había reído con buen humor.

Pero entonces llegó el día de la verdadera tragedia: el día en que conocimos al pequeño árbol. Había notado que esas mismas cosas que se movían sobre la tierra en el vivero también se movían de la misma manera en este huerto. Al principio había desconfiado mucho de ellas, pues temía que estuviera destinado a otra aventura. Pero cuando no pasó nada, poco a poco perdió sus sospechas, e incluso las había recibido con agrado, sobre todo cuando admiraban su follaje y sus flores. Pero últimamente habían estado admirando su fruto, incluso lo habían tocado. A él no le había importado mucho. Pobrecitos. No tenían frutos dorados tan grandes como los suyos

¡Pero qué horror! ¡Esos bichos que se movían por el huerto le arrancaron sus preciosas frutas, las seis! ¡Qué canallas! ¿Cómo iba a sobrevivir a semejante golpe? ¡Sus preciosas frutas, sus únicas frutas!

Con tristeza le contó al árbol abuelo el terrible suceso; le habló de todo el cuidado que había tenido con sus frutos; del orgullo que sentía por ellos, todo perdido.

Y el abuelo, con dulzura, lo consoló: «Árbol pequeño, has completado un ciclo de tu vida. Fuiste puesto aquí para cumplir una función».

—¿Quién hizo eso? —preguntó el arbolito—. Nadie me habló jamás de un deber. Ha habido días , épocas , inviernos y primaveras , pero nunca ningún deber .

Ante esto, el árbol abuelo soltó una carcajada a través de todas sus ramas. «Escucha», dijo. «Quienes tomaron tu fruto se llaman hombres. Creen que te pusieron aquí. Pero no es así. Dios, quien te creó, lo hizo. Y Dios te dio una misión. Quería que, después de haber desarrollado ramas robustas, te crecieran hojas. Así, los pájaros podrían encontrar descanso y sombra contigo».

—¿Quién creó a los pájaros? —preguntó el arbolito—. ¿Tienen alguna función? ¿Y por qué no dan su propia sombra?

—Ahora, ahora —reprendió el árbol abuelo—, no tantas preguntas. Te estoy hablando de ti mismo, aunque también te diré esto sobre los pájaros: Dios los creó, al igual que todas las demás cosas.

"¿Es Dios un árbol como nosotros?", quiso saber el arbolito.

—No —respondió el abuelo—. Ahora déjame terminar contigo. Después de que te crecieron las hojas, llegaron las flores. Esto era el primer paso para que dieras fruto. Pero también añadiste belleza al mundo —y eso es tan importante como el fruto, en realidad—, pues eras muy bonito con tus hojas verdes y tus flores rosadas.

El arbolito se acicaló. Era bueno ser apreciado, pensó.

«Además», continuó el árbol abuelo, «las flores contenían alimento para las abejas que tanto admirabas. Luego venía el fruto que los hombres comerán, pues no pueden comer la luz del sol como tú».

—No me gusta que se coman mi fruta —dijo el arbolito—. Mis melocotones eran tan bonitos.

—Por eso —continuó el árbol abuelo, como si no lo hubieran interrumpido—, eres un árbol. Mira todo lo que has logrado. Has dado cobijo a los pájaros, alimentado a las abejas, has sido una maravilla y ahora has alimentado al hombre. Ese es el deber que Dios te encomendó como parte de la vida. El año que viene lo volverás a hacer.

—Bueno —reflexionó el arbolito—, espero que Dios esté satisfecho. En cuanto al año que viene, esperaré y con el tiempo lo sabré, tal vez.

